

# DECIR LA VERDAD EN EL MOMENTO DE LA VERDAD: LA PRENSA NORTEAMERICANA Y LA INVASIÓN Y OCUPACIÓN DE IRAK

ROBERT W. McCHESNEY

Un gobierno popular sin información popular, o sin los medios para adquirirla, no es sino el prólogo de una farsa o de una tragedia; o quizás de ambas. El conocimiento gobernará a la ignorancia por siempre; y un pueblo que pretenda gobernarse a sí mismo debe armarse del poder que da el conocimiento  
James Madison<sup>1</sup>

La noción de una prensa libre, de una institución que monitorea a los que están en el poder y a aquellos que desean estarlo, que desentraña la verdad entre las mentiras, que llama la atención del público sobre los graves asuntos de nuestros tiempos, es una piedra angular de la teoría democrática liberal. En la práctica, incluso en las sociedades capitalistas con democracias liberales, los sistemas de prensa no han alcanzado nunca estos loables objetivos, aunque algunos de ellos se han acercado mucho más que otros, frecuentemente por medio del activismo y las reformas progresistas. Los principales impedimentos internos para una prensa libre viable han sido la propiedad privada de los medios de comunicación y el afán por maximizar las ganancias, a menudo a través de la venta de avisos publicitarios. Las principales barreras externas son la dificultad de promover una cultura política democrática participativa en una sociedad dividida en clases, así como también la constante presión, directa e indirecta, que las elites ejercen sobre la prensa para obtener apoyo para sus aspiraciones. La crítica radical de la prensa, que comienza especialmente con la obra de Marx, no ha rechazado nunca la

noción de Madison de una prensa libre<sup>2</sup>. Al contrario, la esencia de la crítica radical de la prensa ha enfatizado la naturaleza irreconciliable del ideal de la prensa libre con una sociedad capitalista.

El mayor examen para un sistema de prensa consiste en cómo este viste de poder a los ciudadanos para que monitoreen el poder de los gobiernos de hacer la guerra. La guerra es el uso más grave del poder del Estado, es violencia organizada y legalmente autorizada; qué tan bien esté bajo revisión y control de los ciudadanos no es sólo una prueba decisiva para los medios de prensa, sino para la sociedad en su conjunto. Los que están en el poder, los que se benefician con la guerra y el imperio, consideran que la prensa es probadamente el frente más importante para la guerra, porque allí es donde se manufactura el consenso y se margina el disenso. Para un sistema de prensa, la guerra es su momento de la verdad.

Con respecto a Estados Unidos de América (EUA), sería difícil exagerar cuán profunda fue la preocupación de sus fundadores por limitar el poder gubernamental de hacer la guerra, y por mantener al presidente, en particular, bajo estricto control del Congreso. Los fundadores no eran partidarios del igualitarismo o la democracia, pero se oponían resueltamente a la tiranía. Todos ellos aprendieron de Montesquieu que la historia, desde Grecia y Roma hasta los tiempos modernos, había demostrado reiteradamente que la existencia de un Estado como república autogobernada era incompatible con su transformación en un imperio militarista definido por el secreto y la jerarquía. Y comprendieron que una prensa libre viable era el único mecanismo que podría suministrar a los ciudadanos la preciosa mercancía que sus gobernantes les negaban con mayor frecuencia: la información necesaria para controlar a quienes tienen el poder de enviar a los hijos de la nación a morir en lejanos campos de matanza.

Por lo tanto, la prensa es particularmente responsable de mantener el control civil sobre los militares y prevenir que el imperio se desboque. Cuando, en 1971, la Suprema Corte norteamericana consideró el significado de la libertad de prensa en el caso de los Documentos del Pentágono, el juez Potter Stewart escribió:

En ausencia de los frenos y contrafrenos gubernamentales que están presentes en otras áreas de la vida nacional, el único control efectivo sobre las políticas y poderes del Ejecutivo en las áreas de defensa nacional y asuntos internacionales puede residir en una ciudadanía ilustrada —en una opinión pública informada y crítica que, en este caso, es la única que puede proteger los valores del gobierno democrático.

A pesar de tan grandiosas palabras y sentimientos, el historial de la prensa norteamericana durante el último siglo ha sido espantoso, en relación con las guerras exteriores y el rol aún más amplio que EUA desempeña en el mundo. Una y otra vez el sistema esparció mentiras y medias verdades, y aplastó el disenso que, las más de las veces, demostró estar justificado por los hechos. En EUA, la reflexión honesta siempre se hace a posteriori, a partir de la noción de que hemos aprendido del pasado y de que estos problemas han sido eliminados de los medios de prensa. Después de situar este patrón en perspectiva histórica, el presente ensayo analiza la cobertura de los medios norteamericanos de la invasión y ocupación de Irak en el período 2003-2005. Como veremos, a la hora de la verdad para una prensa libre, la verdad no podía hallarse casi en ninguna parte.

### MANUFACTURANDO EL CONSENSO PARA LA GUERRA

Comenzando por la Guerra Hispano-Norteamericana de 1898, EUA se ha involucrado en veintenas de operaciones militares en el exterior y en varias guerras grandes que implicaron el despliegue de tropas norteamericanas. En casi todas estas grandes guerras —la guerra Hispano-Norteamericana, la Primera y Segunda Guerra Mundial, Corea, Vietnam, las guerras por poder en América Central en los ochenta y la primera Guerra del Golfo— emergió un patrón claro: el presidente quería ir a la guerra, mientras que el pueblo norteamericano tenía serias dudas. En casi todos los casos, la Casa Blanca orquestó una campaña de propaganda con el fin de generar apoyo público para entrar en guerra, una campaña que inclinaba la verdad en línea con la visión de que los fines (la guerra) justificaban los medios (las mentiras). Esto no quiere decir que todas estas guerras hayan sido impropias por definición. Un poderoso caso lo constituye, por ejemplo, la participación norteamericana en la Segunda Guerra Mundial. Pero, incluso en este caso, al presidente Roosevelt le preocupaba que el pueblo norteamericano no terminara de alinearse a pesar de las contundentes evidencias. Entonces, como dice el dicho, él nos “mintió” para ir a la guerra\*.

En cada una de estas guerras, los medios de prensa enfrentaron un recurrente dilema. El gobierno desarrollaba agresivas campañas de propaganda para procurar el respaldo popular a la guerra, y un campo de batalla clave obtenía cobertura mediática favorable. En cada caso, a los medios de prensa se les presentaba el dilema de desafiar la línea pro-guerra del gobierno, demandando evidencia concreta de sus afirmaciones, hurgando en lo profundo para asegurarse de que el pueblo norteamericano conociera la historia com-

---

\* N. del T.: En inglés, *he “lied” us into war.*

pleta, o bien de sumarse, más o menos, a la línea pro-guerra. En principio, el periodismo creíble debería exigir a los gobernantes de la nación los mismos estándares de evidencia que exige a sus enemigos. No nos causa ningún placer informar que, en casi todos los casos, los medios de prensa optaron por el Plan B. En el caso de Vietnam, donde los Documentos del Pentágono y las sesiones grabadas de la oficina del presidente Johnson prueban la desvergonzada duplicidad del gobierno, los medios de prensa se mostraron dispuestos a comportarse como loros de las mentiras oficiales, en lo que constituyó una completa violación de los requerimientos de una prensa libre, con desastrosas consecuencias para millones de vidas. En las escuelas de periodismo, estos episodios son considerados momentos embarazosos en la historia del periodismo norteamericano, y no se los trata extensamente en los planes de estudio. Lo que sí se aborda ampliamente son los informes que desafiaron la ficción oficial años después de que las mentiras fueran dichas y las vidas perdidas.

La explicación de por qué los medios de prensa no le presentan al pueblo norteamericano los hechos fundamentales concernientes a la decisión de ir o no a la guerra, ya sea en 1917, 1941, 1950, 1964 o 2003, obedece a razones profundamente arraigadas. Podría argumentarse que el impulso patriótico es tal que el periodismo tendrá una fuerte tendencia a “alentar al equipo local”, como algunos han dicho. Pero este análisis da por sentadas varias preguntas: por qué el impulso patriótico existe en formas distintas en diferentes momentos; por qué una parte de la sociedad lo expresa con más fervor que otra; cómo se impone el impulso patriótico; cómo se manifiesta a través de las instituciones de la prensa y las prácticas profesionales; y cómo se explican las excepciones. En suma, la explicación del impulso patriótico conlleva muchas más preguntas que respuestas.

Para explicar la deplorable cobertura de las guerras norteamericanas hay que observar la amplia crisis del periodismo, que he analizado en otro lugar<sup>3</sup>. Hacia principios del siglo XX, y de ahí en adelante, los principales medios de prensa eran grandes organizaciones comerciales y, por ende, tendían a ser instituciones conservadoras. Los dueños y los administradores de estas firmas tendían a sentirse cómodos con la visión del mundo de quienes estaban en la cúspide de la estructura social —porque ellos también residían allí— y apoyaban las políticas del gobierno que, a su entender, promovían aquellos intereses. Además, en su mayoría, los propietarios de los medios no querían que se los acusara de antipatriotas o traidores. El sistema los había tratado bien. Desde una perspectiva estructural o sociológica, no era esperable que las organizaciones de prensa comerciales plantearan un desafío crítico a una campaña a favor de la guerra.

Pero, ¿qué sucedía con los editores y los trabajadores de prensa que escribían y editaban las noticias? Algunos de ellos estaban orgullosos de provenir de la clase trabajadora. Por cierto, no tenían una lealtad similar hacia los imperativos políticos de la elite. En la medida en que gozaban de una cierta autonomía respecto de las prerrogativas institucionales implícitas y explícitas de los propietarios, la naturaleza de la cobertura periodística era bastante menos previsible. Aquí, podríamos incluso esperar alguna tozuda interrogación sobre los poderes establecidos. Lamentablemente, este raramente ha sido el caso. El problema primordial ha consistido en la aparición de lo que se conoce como “periodismo profesional”, que coincidió con el surgimiento de EUA como un poder militar global. Todas las limitaciones de la versión del periodismo profesional que consolidó su dominio en las salas de redacción de EUA hacia los años cuarenta —dependencia de las fuentes oficiales, temor al contexto y el mandato tácito de “hurgar aquí y no allá”— se combinaron para hacer del periodismo profesional un perro faldero en vez de un perro guardián, mientras los tambores de guerra sonaban con más estruendo.

El factor que la mayor parte de los trabajos académicos enfatiza en este sentido es la dependencia del periodismo profesional respecto de las fuentes oficiales. Si los que están en el poder se encuentran debatiendo algún asunto, los periodistas tienen un poco de espacio para moverse y explorarlo. Si los que están en el poder se ponen de acuerdo en un asunto, lo presuponen o no lo debaten seriamente, es casi imposible que un periodista pueda ponerlo en evidencia sin ser acusado de partidismo y de estar promoviendo un programa ideológico. Por lo tanto, es raro que se haga y, cuando se hace, es rechazado como mal periodismo.

La capacidad de las fuentes oficiales para determinar el alcance del debate legítimo constituye una tendencia lamentable para la mayoría de los artículos políticos, pero es nada menos que un desastre para la cobertura del rol de EUA en el mundo. Porque aquí los ciudadanos comunes dependen de los medios en mayor medida que en lo referido a los asuntos domésticos, respecto de los cuales su experiencia cotidiana puede proporcionarles algún correctivo para la sesgada cobertura periodística. Además, entre las “fuentes oficiales” existe por lo general un mayor consenso respecto del rol benigno de EUA en el mundo que sobre cualquier otro tema; la única excepción es, quizás, la grandeza del capitalismo al estilo norteamericano como única forma legítima de organizar una economía.

Hay dos presuposiciones fundamentales —en realidad, dos artículos de fe— que guían la política exterior norteamericana. Las “fuentes oficiales” de los dos principales partidos las aceptan, y los grandes medios de prensa norteamericanos casi nunca las cuestionan. La primera presuposición consiste en la noción de que EUA es una fuerza benévola en el mundo y que

cualquier cosa que haga, por definición, tiene que ver en última instancia con hacer del mundo un lugar más justo y democrático. Una presuposición gratificante que coloca la indispensable hoja de parra sobre intenciones que pueden ser mucho menos altruistas. Esta presuposición también hace posible que casi no exista debate o discusión sobre el verdadero rol de EUA en el mundo. Muchos norteamericanos aceptan la historia oficial de que EUA es un gigante benévolo atacado por todas partes por poderosos agentes del mal. En cambio, que el gasto militar de EUA representa casi la mitad del gasto militar del mundo; que dicho gasto es ocho veces mayor que el de la segunda gran potencia militar; que EUA tiene cientos de bases militares en el exterior situadas, literalmente, en veintenas de naciones: todo esto, en gran medida, no se menciona y es desconocido por los norteamericanos. Simplemente se presume que no es así. Y esto hace que la mayoría de los norteamericanos no tenga idea de cómo EUA es percibido en el resto del mundo.

El segundo artículo de fe que la prensa norteamericana por lo general no cuestiona es la noción de que EUA, y sólo EUA, tiene el derecho "007" de invadir cualquier país que se le antoje. EUA también se reserva el derecho de "delegar" en un aliado la ejecución de una invasión si así lo desea. En caso contrario, a las demás naciones no se les permite entrar en el negocio de las invasiones. Esto representa un pequeño problema para la élite política y los medios de prensa. Después de todo, la Carta de las Naciones Unidas y una cantidad de tratados suscriptos por EUA prohíben que un país invada otro, a menos que esté bajo ataque armado. Además, la Constitución norteamericana caracteriza a los tratados como la ley suprema del territorio, de modo que, si EUA viola los tratados internacionales, es posible argumentar que esto amerita el juicio político contra el presidente. Para colmo, en el discurso popular EUA se presenta orgullosamente como promotor del imperio de la ley, y uno de los principales argumentos contra todos sus adversarios es, invariablemente, que ellos hacen caso omiso de los tratados que han firmado. De hecho, esto se usa a veces como razón fundamental para una invasión norteamericana.

Esto no quiere decir que no existan reportajes altamente competentes y de gran calidad sobre la política exterior norteamericana; sino que los mismos tienden a permanecer dentro de los parámetros de lo que es considerado legítimo por las fuentes oficiales. Los reportes auténticamente brillantes, como los de I.F. Stone y Seymour Hersh, se salieron audazmente de estos parámetros (y no sorprende que algunos de los mejores reportes sobre el rol de EUA en el mundo provengan de periodistas norteamericanos que trabajan fuera de EUA, donde la dependencia respecto de las fuentes oficiales norteamericanas como base para las noticias y la opinión legítima desempeña un rol mucho más limitado).

En combinación, las limitaciones del periodismo profesional, la influencia de los propietarios, los vínculos de las instituciones de prensa con la estructura de poder de la sociedad y las internalizadas presuposiciones de la elite han dado origen a lo que sólo puede caracterizarse como un palpable doble estándar en la cobertura del rol de EUA en el mundo. Nadie lo ha demostrado más convincentemente que Edward S. Herman y Noam Chomsky en *Manufacturing Consent*<sup>4</sup>. Los artículos que apoyan los objetivos de los hacedores de políticas norteamericanos reciben un tratamiento abundante y favorable; los artículos de igual o mayor importancia y veracidad factual que socavan los objetivos de las políticas norteamericanas obtienen menciones breves y desfavorables. Como lo ha demostrado la investigación de Howard Friel y Richard Falk, los medios norteamericanos –incluidos los diarios más respetados, como *The New York Times*– miran para otro lado cuando se trata de las violaciones norteamericanas a leyes internacionales clave, mientras que no dudan en enfatizar las violaciones cometidas por los adversarios. Una cobertura más inescrupulosa sería casi imposible<sup>5</sup>.

### LA CRISIS DEL PERIODISMO CONTEMPORÁNEO

Los problemas en la cobertura de los medios norteamericanos descritos previamente, fueron evidentes desde los años sesenta hasta entrados los años ochenta, en la así denominada era dorada del periodismo profesional. La cobertura periodística exhibía severas falencias, incluso cuando las salas de redacción estaban relativamente bien dotadas de recursos y gozaban de una autonomía que nunca más volverían a tener. Los principales desarrollos en el campo periodístico que en las últimas dos décadas han erosionado el periodismo profesional –la consolidación corporativa y los ataques organizados de la derecha contra la “prensa liberal”– sólo han empeorado la situación.

El achicamiento corporativo y la epidemia de despidos han impactado con especial dureza sobre la cobertura internacional. La aguda reducción en el número de corresponsales en el extranjero que trabajan para los medios norteamericanos ha sido historia conocida en las últimas dos décadas. Estos son puestos que cuestan mucho dinero y, para los administradores a cargo, parecen no generar ninguna ganancia en los balances corporativos. Además, los administradores argumentan que a la gente parece no importarles si hay una menor cobertura internacional o si lo que hace las veces de cobertura internacional tiene menos que ver con la política que con los desastres naturales y los accidentes aéreos, que son fáciles de cubrir. Así, desde la visión corporativa del mundo, recortar estos puestos es tarea fácil.

Los problemas que resultan de no tener muchos corresponsales en el extranjero familiarizados con el lenguaje, la historia y las costumbres de las regiones que están cubriendo se han vuelto dolorosamente palpables en los

últimos quince años. Cuando estallan conflictos en los Balcanes, África, sur de Asia u otros lugares, los medios de prensa norteamericanos disponen de pocos —si es que disponen de alguno— reporteros en el lugar para proveer contexto a las noticias. Esto implica que los periodistas vean reducida su capacidad para ofrecer un contrapeso a cualquier historia oficial que Washington proponga. En el peor de los casos, la cobertura en el extranjero se reduce a periodistas de celebridades y presentadores de noticieros que son arrojados desde aviones en un área de crisis y paseados por representantes del gobierno norteamericano. Esta no es una receta para el periodismo independiente.

La crítica de la derecha a la prensa “liberal” tampoco ayuda a mejorar las cosas. Aunque infrecuente, la crítica antibélica de la derecha a un demócrata que hace la guerra es aceptable si se la formula en términos ultranacionalistas. Así, Sean Hannity atacó la guerra de Kosovo emprendida por Clinton en términos que él mismo calificó más tarde de traicioneros cuando otros los usaron respecto de la guerra del presidente Bush contra Irak. Un tema constante en la crítica de derecha a la prensa “liberal” es que los periodistas son insuficientemente patrióticos; esto se traduce en que los periodistas son extremadamente sensibles en probar sus credenciales nacionalistas. Una vez más, esto tampoco facilita el análisis crítico de las guerras en el exterior.

El efecto combinado de los ataques comerciales y conservadores contra el periodismo profesional es el debilitamiento de la adhesión formal a una posición neutral y no-partidista. Esto no significa que los medios predominantes puedan volverse explícitamente partidarios de la izquierda; esto es más impensable que nunca. Tampoco significa que la mayoría de los medios de prensa hayan abjurado de su compromiso formal con la neutralidad política. Significa que hay un creciente número de medios que promueven una agenda político-partidaria pro-republicana, a menudo bajo la tenue apariencia de estar siendo “justos y equilibrados”. Así, el canal de noticias Fox, Sinclair Broadcasting, el *New York Post*, *The Washington Times*, la página editorial de *The Wall Street Journal* y la mayoría de los programas radiales con participación de la audiencia hacen las veces de portaestandartes de la derecha republicana. Con agresividad, promueven políticas de derecha y critican con dureza a los demócratas que se cruzan en el camino. En la cobertura de las guerras republicanas esto se traduce en agresivas posturas pro-bélicas, y en una completa y rabiosa condena a la crítica antibélica como antipatriótica o traicionera. Dado que, comparativamente, los demás medios tienden a ser tímidos, esta falange de derecha fija el tono de la cobertura en una medida que no guarda proporción con su tamaño. Y el resto de la prensa se vuelve aún más vacilante en lo que respecta a contradecir la línea del gobierno.

Todo esto vino a coincidir en la cobertura de los ataques terroristas del 11-S y la subsiguiente invasión y ocupación de Afganistán. A pesar de la enorme atención que los medios de prensa prestaron al tema –podría sostenerse que era la noticia más importante de los últimos cincuenta años en EUA– la cobertura fue profundamente propagandística. No se plantearon preguntas elementales sobre la actuación del gobierno en la fallida prevención del ataque. Casi no hubo miradas inquisitivas sobre el vínculo entre la Administración Bush, el gobierno norteamericano, Al-Qaeda y otros gobiernos de Medio Oriente. Incluso plantear la incómoda pregunta de por qué los terroristas atacaron EUA –como si fuese posible hallar una explicación racional más allá de la idea de que estos eran unos dementes que nos odiaban “a causa de nuestras libertades”– era rechazado como una implícita condonación del ataque y el asesinato en masa.

Bajo la guía de la Administración Bush y las “fuentes oficiales”, pocas horas después de los ataques del 11-S, estos actos terroristas habían dejado de ser crímenes despiadados contra la humanidad, o actos criminales de terror, y se habían transformado en actos de guerra. La Guerra contra el Terrorismo trajo aparejado el impulso para una vasta militarización de la sociedad y, de inmediato, para la invasión y el bombardeo de Afganistán, un país que no atacó a EUA el 11-S.

Aún se desconoce toda la verdad sobre el 11-S. Pero las piezas que han ido apareciendo, mayormente en los márgenes y sin que la prensa predominante haya ejercido mucha presión, sugieren que mucho de lo que se presentó como verdad absoluta en los meses posteriores a los ataques del 11-S era incorrecto, cuando no un disparate. Tanto el testimonio de Richard Clarke como el informe de la Comisión 11-S subrayan que el gobierno fue negligente al no lograr detener el ataque terrorista o al no abordarlo adecuadamente con posterioridad. Uno sólo puede llegar a imaginar lo que la prensa predominante, acicateada por *Fox News*, la página editorial de *The Wall Street Journal*, los programas de radio y el *New York Post*, le habría hecho a un presidente Gore o Clinton en una situación similar. En los momentos que siguieron a los ataques del 11-S, gracias a una prensa sobreexcitada, el presidente Bush renació como una mezcla de Abraham Lincoln y Winston Churchill.

La prensa comía de la mano de la Administración Bush. Si los medios realmente constituyen el frente más importante en la guerra moderna, las estrellas estaban alineadas para la osada invasión que había estado al tope de la lista de deseos de los principales asesores en política exterior de Bush durante muchos años, pero que en su momento había sido considerada muy controvertida en términos políticos: la invasión a Irak.

## PREPARANDO A LA OPINIÓN PÚBLICA PARA INVADIR IRAK

Fue en este ambiente que EUA pudo lanzar la invasión y ocupación de Irak, sobre bases completamente falsas. Las tres principales justificaciones que explícita e implícitamente ofreció la Administración Bush para generar apoyo público a la guerra fueron: que Irak poseía ilegalmente armas de destrucción masiva y estaba preparado para usarlas contra EUA en un futuro inmediato; que, de algún modo, Irak había estado vinculado a los ataques del 11-S, de suerte que perseguir a Saddam Hussein era la siguiente movida racional en la campaña contra Bin Laden; que, más allá del 11-S, Irak era el principal Estado terrorista, por lo que la Guerra contra el Terror debía pasar por Bagdad.

Evidentemente, tanto la segunda como la tercera afirmación carecían de fundamento y bordeaban el absurdo. La Administración Bush se cuidó de hacer estas aseveraciones en escenarios oficiales, pero fue completamente descarada para recurrir a ellas con el fin de ganar apoyo en el frente interno. El caso legal que EUA articuló a favor de una invasión “preventiva” contra Irak se basó en el argumento de que Irak poseía armas de destrucción masiva capaces de ser usadas contra EUA. Este caso se montó con considerable fanfarria, tanto para las audiencias domésticas como para generar apoyo global; pero había evidencias significativas que minaban su credibilidad. Como ha quedado demostrado ya más allá de cualquier duda, no había armas de destrucción masiva en Irak. La Administración Bush promovió estas afirmaciones con poca preocupación por la evidencia, y los medios de prensa tuvieron una espantosa participación en este fraude (la gota que rebasó el vaso fue la revelación, en mayo de 2005, del memo de pre-invasión que la inteligencia británica preparó para Downing Street, el cual proporcionaba evidencia condenatoria sobre cómo EUA estaba fabricando información de inteligencia para justificar la invasión a Irak. El memo era una “pistola humeante”). Este episodio ha sido analizado en detalle, y ahora se lo considera uno de los momentos más tenebrosos en la toda la historia del periodismo norteamericano.

En la cobertura periodística también se omitía el ineludible hecho de que la invasión norteamericana a Irak violaba la ley internacional.

Las propias instituciones periodísticas se comportaron como halcones. Con posterioridad, la *Columbia Journalism Review* realizó una revisión de las páginas editoriales de los seis principales diarios que influyen sobre la opinión pública —incluidos *The New York Times*, *The Washington Post*, *The Wall Street Journal* y *USA Today*—, y determinó que ninguno de ellos había sometido a la Administración Bush a un adecuado estándar de valoración de pruebas. *Editor & Publisher* determinó que, de los 50 principales diarios del país, ni siquiera uno de ellos presentaba decididamente una posición anti-guerra en su página editorial.

La dependencia respecto de las fuentes oficiales para encuadrar el debate y fijar la agenda es principalmente responsable por la deplorable cobertura periodística de las mentiras de la Administración Bush. Tal como lo expresara Jonathan Mermin en un brillante ensayo publicado en *World Policy Journal*, periodismo convencional significa que “los periodistas siguen siendo incapaces de concentrarse en un tema para obtener una perspectiva sobre la política exterior norteamericana, a menos que dicho tema haya sido previamente identificado o articulado en el debate oficial de Washington”. En este sentido, es importante observar que la mayoría de los líderes demócratas no adoptó una posición anti-guerra, de modo que hubo pocos enfoques alternativos provenientes de la burocracia. Mermin se mofa de la idea de que el consenso de la elite justifica que los periodistas reproduzcan acríticamente cual máquinas la posición del gobierno: “La ausencia de oposición entre los políticos demócratas a una intervención militar republicana no es evidencia persuasiva de que tal política sea razonable, o de que personas presuntamente informadas y prudentes la crean tal”. En realidad, lo que esto implica, en flagrante contradicción con el espíritu y la intención de la Primera Enmienda, es que “si el gobierno no habla sobre un tema, nosotros no lo informamos”<sup>6</sup>.

Un exhaustivo análisis de las fuentes utilizadas en los noticieros televisivos durante las semanas previas a la invasión —cuando un alto porcentaje de la población norteamericana se oponía a una invasión— demostró que el 3% de las fuentes norteamericanas utilizadas eran anti-guerra y más del 70 decididamente pro. Fairness and Accuracy in Reporting (FAIR) realizó un estudio de las coberturas periodísticas en horario nocturno de las cadenas NBC, ABC, CBS, PBS, CNN y Fox durante las tres primeras semanas posteriores a la invasión, y constató que las fuentes norteamericanas pro-guerra superaban en número a aquellas anti-guerra en una relación de 25 a 1. Además, los expertos “en vivo” a los que recurrían los noticieros televisivos eran por lo general figuras del establishment y, por consiguiente, acríticos por definición<sup>7</sup>.

La cobertura periodística llegó a su nadir inmediatamente antes de la invasión. En febrero de 2003, Colin Powell se presentó ante Naciones Unidas para hacer el alegato definitivo a favor de una invasión a Irak. Powell ofreció poca evidencia verificable para sus extravagantes afirmaciones. Seis meses más tarde, el corresponsal de Associated Press, Charles J. Hanley, chequeó los datos del discurso de Powell y los “demolió completamente”, tal como lo señalara *Editor & Publisher*<sup>8</sup>. Lamentablemente, y con demasiada frecuencia, el mejor periodismo tiende a hacerse *post-mortem*, cuando las consecuencias políticas son minúsculas. Al momento del discurso de Powell, cuando el destino de la paz era incierto y los expertos independientes estaban punzando

la mayor parte de sus afirmaciones, los medios de prensa regurgitaban los argumentos de Powell y los elogiaban por su veracidad de un modo que ni los secuaces de Stalin habrían podido superar. Gilbert Cranberg, quien trabajó para *Des Moines Register*, compiló un detallado estudio de la cobertura periodística del discurso de Powell. Entre las expresiones que utilizaron los principales diarios norteamericanos para describir los méritos del alegato de Powell, figuraban: “un enorme despliegue de evidencia”; “un alegato sobrio y fáctico”; “un alegato abrumador”; “una andanada demoledora [...] un alegato persuasivo para cualquiera que aún pueda ser persuadido”; “un alegato acorazado [...] evidencia incontrovertible”; “una acumulación de evidencia laboriosamente relevada y analizada”; “evidencia sucinta e irrecusable [...] el caso está cerrado”<sup>9</sup>.

En guerras anteriores, como la de Vietnam, los apologistas de la cobertura periodística crédula podían argumentar que los medios de prensa no tenían manera de saber que la Administración Johnson les estaba mintiendo y que el incidente del Golfo de Tonkín había sido una treta. Este no fue el caso de Irak. A cada paso surgía una impresionante cantidad de material, en la prensa internacional y en Internet, que contradecía la línea de la Administración Bush (por ejemplo, cabe destacar la poderosa e inmediata refutación al discurso de Powell en la ONU por parte de Glen Rangwala, de la Universidad de Cambridge)<sup>10</sup>. Se ignoró todo por completo. El ex *marine* e inspector de armas republicano Scott Ritter —quien pasó varios años en suelo iraquí— refutó meticulosamente todas las afirmaciones de la Administración Bush<sup>11</sup>; a consecuencia de ello fue sometido a una campaña de difamación *ad hominem* que facilitó las cosas para que los medios transformaran en expertos creíbles a celebridades tales como el cantante de música *country* Lee Greenwood, la estrella de películas de acción Chuck Norris o el ex jugador de fútbol americano Mike Ditka. Un periodista no necesitaba ser I.F. Stone para advertir que había gato encerrado en la historia oficial; todo lo que debía hacer era mantener los ojos abiertos y las facultades críticas en funcionamiento.

Además, a diferencia de Vietnam, un masivo movimiento anti-guerra en EUA se alzó contra la invasión a Irak *antes* de que sonaran los primeros disparos. Cientos de miles de norteamericanos salieron a las calles en febrero de 2003 para protestar contra la planeada invasión a Irak. De conformidad con el conocido patrón que se aplica a la opinión disidente, la cobertura periodística fue mínima y despectiva.

## EL MANEJO DEL FRENTE INTERNO DURANTE LA GUERRA

El desarrollo más impactante en la cobertura periodística de la invasión y la guerra quizás haya sido la política de “incrustar” periodistas en las unidades militares, de modo que pudieran observar directamente cómo se estaba des-

envolviendo la guerra. Los defensores de esta política sostenían que protegería a los periodistas del fuego enemigo y les posibilitaría conseguir notas que de otro modo serían inasequibles.

Los reportes incorporados, en combinación con la patriotería asfixiante de los noticieros televisivos norteamericanos, dificultaron el trabajo crítico de los periodistas. “Creo que la prensa estaba amordazada, y creo que la prensa estaba autoamordazada”, sostuvo unos meses más tarde Christine Amanpour, de CNN, probablemente la corresponsal en el extranjero más respetada de la televisión norteamericana. “Lamento decirlo pero, por cierto la televisión, y quizás en cierta medida mi propio canal, estaba intimidada por la Administración y sus soldados de infantería de Fox News. Y, en mi opinión, esto provocó de hecho un clima de temor y autocensura en cuanto al tipo de trabajo informativo que realizábamos”<sup>12</sup>.

Los problemas continuaron tras la derrota formal del ejército de Saddam Hussein, durante la liberación que de inmediato se convirtió en ocupación. Los medios informativos de EUA fueron tomados completamente por sorpresa. En realidad, el término “ocupación” no había sido utilizado nunca antes de la invasión. Mermin cita a Jim Lehrer, de PBS, quien defendía esta omisión: “La palabra ocupación [...] nunca se mencionó en los prolegómenos de la guerra. Era una liberación. [En Washington se decía] que esto era una guerra de liberación, no una guerra de ocupación. En consecuencia, quienes hacemos periodismo jamás consideramos siquiera la cuestión de la ocupación”<sup>13</sup>.

Al mismo tiempo, y especialmente en vísperas de elecciones, la Administración Bush tenía la imperiosa necesidad de darle a la guerra la mejor apariencia posible, para que a nivel doméstico fuese vista como un éxito. La gran ventaja del gobierno de Bush era que podía emplear su poder para promover abundantes historias que pintaran el cuadro que deseaba exhibir, mientras que, guardando silencio, podía diluir las historias que no deseaba que se desarrollasen. A medida que seguían apareciendo informaciones que desacreditaban la justificación de la guerra sostenida por la Administración Bush y la naturaleza de la “liberación”, como el “Memo Downing Street” de la inteligencia británica, la Casa Blanca cerraba la boca, los demócratas sumisamente hacían lo mismo y los periodistas se quedaban con poco material para trabajar. En consecuencia, montañas informativas se convirtieron en toperas.

Por el contrario, cada vez que era necesario, otras historias recibían abundante atención. Así ocurrió, por ejemplo, con la demolición de la estatua de Saddam Hussein en Bagdad; la aparición del presidente Bush, disfrazado de piloto de combate, bajo un cartel que decía “Misión Cumplida”; el “rescate” de Jessica Lynch; como así también con la captura de Saddam Hussein y las

elecciones iraquíes de principios de 2005. Todas estas historias fueron presentadas como coyunturas críticas, como momentos en los que la tendencia estaba cambiando y las políticas de la Administración Bush estaban demostrando ser las “correctas”. Sin embargo, en todos los casos, el transcurso de unos pocos días o semanas terminaba revelando que la tendencia no había cambiado y que el enfoque de la Administración seguía estando condenado al fracaso.

Vale considerar el escándalo de las torturas en la prisión de Abu Ghraib. En el otoño de 2003, el premiado periodista de Associated Press Charles J. Hanley irrumpió con la noticia sobre las torturas infligidas por EUA a los prisioneros iraquíes, pero, como apunta Mermin, esta historia “fue ignorada por los principales diarios norteamericanos”. Hanley le explicó a Mermin que su artículo “no era una de esas notas oficialmente aprobadas, que comienza con un escrito distribuido por una fuente oficial” y, al mismo tiempo, observó el “muy arraigado prejuicio de invertir con credibilidad las declaraciones oficiales de EUA, mientras se desprecian las provenientes de cualquier otra fuente”<sup>14</sup>. En el artículo de Hanley aparecían iraquíes contando sus experiencias personales en Abu Ghraib. Esto no generó una operación de propaganda fotográfica que mostrara a Bush vestido de carcelero frente a Abu Ghraib, ni un sostenido aluvión de comunicados de prensa oficiales llamando la atención sobre el tema. Cuando finalmente Hersh y CBS News revelaron las evidencias fotográficas en EUA, recién entonces la noticia recibió una abundante cobertura. Pero era un caso clásico, en el cual la línea de investigación se detenía en los niveles inferiores y exoneraba a los responsables últimos de esta política. La historia se diluyó al no recibir ningún impulso por parte de las fuentes oficiales. En efecto, ni siquiera se la mencionó durante los debates de la campaña presidencial de 2004.

Un año después de que estallara la noticia sobre Abu Ghraib, Seymour Hersh reflexionaba sobre el hecho de blanquear los extendidos y persistentes crímenes de guerra de EUA, que él —entre otros— ha documentado, y sobre el rol que desempeñaron los medios norteamericanos. “Es un patrón triste”, escribía Hersh. “Las páginas editoriales critican los reportes periodísticos y las subsiguientes investigaciones del Senado. Se hacen llamamientos para que el Senado o la Cámara de Representantes realicen una investigación verdaderamente independiente. Luego, a medida que pasan los meses sin que haya ninguna acción oficial, el tema se diluye, hasta que el próximo conjunto de revelaciones lo revive”. Hubo diez investigaciones militares oficiales sobre Abu Ghraib, pero “todas hacen las preguntas equivocadas [...] La pregunta que nunca se responde adecuadamente es la siguiente: ¿qué hizo el presidente luego de que le informaran sobre Abu Ghraib?”<sup>15</sup>.

La información referida al costo de la guerra en términos de vidas humanas constituye una de las principales áreas de tensión entre el deseo de la Administración Bush de pintar el cuadro lo más rosa posible y la responsabilidad de los periodistas de pintar el cuadro más exacto de lo que está ocurriendo en Irak. El gobierno de EUA desea minimizar la conciencia pública sobre el costo humano de la guerra, tanto para los iraquíes como para los soldados norteamericanos. Temerosa de las imágenes al estilo Vietnam, la Administración Bush luchó por mantener esta información completamente fuera de los ojos del público. No se hizo un registro de las bajas iraquíes, y los periodistas no han podido llegar a los lugares donde ocurrieron la mayoría de ellas. En consecuencia, según destaca Michael Massing, los periodistas han sido “excesivamente cautos” en lo que respecta a hacer estimaciones<sup>16</sup>. Mientras pocos periodistas norteamericanos tenían algún interés en este tema, la prestigiosa revista médica británica *The Lancet* publicó un estudio de académicos de la Universidad Johns Hopkins que estimaba el número de bajas civiles iraquíes a octubre de 2004 en 100 mil, antes del segundo sitio de Falluja; y la mayor parte de estas muertes eran atribuibles a las acciones militares de EUA<sup>17</sup>. El informe causó una tempestad por un día o dos, porque excedía en siete u ocho veces las cifras aceptadas por los medios informativos norteamericanos. Pero el asunto se diluyó rápidamente, ya que ninguna fuente oficial de EUA quiso explayarse sobre este asunto. Esta falta de interés por mantener una cuenta precisa de las muertes civiles iraquíes tiende a deteriorar la afirmación oficial de que la motivación para esta guerra reside en una gran preocupación por el bienestar del pueblo iraquí.

#### EL MOMENTO DE LA VERDAD PARA LOS MEDIOS

Aunque el periodismo norteamericano, especialmente en la cobertura de las guerras, tiende a moverse en grupos, no es monolítico. Aun en sus peores momentos, casi siempre hay alguna excepción que confirma la regla. Adicionalmente, en las filas de los periodistas hay muchos reporteros valientes y con elevados principios que ingresaron a la profesión no para servir de vehículos a los que están en el poder, sino para echar luz sobre los que están en el poder en nombre de la ciudadanía. A medida que crecía la disonancia entre la historia oficial ofrecida por la Casa Blanca, regurgitada en gran parte por los medios de prensa, y la historia real de horror en terreno iraquí, muchos periodistas analizaron con dureza el desempeño de los medios y el estado de la profesión. Hacia finales de 2003, *Columbia Journalism Review*, *Editor & Publisher* y otras destacadas publicaciones sobre la industria de los medios o dedicadas a reseñar la labor periodística —por no mencionar el trabajo de primer nivel realizado por grupos como FAIR y publicaciones como *The*

*New York Review of Books* y *The Nation*— habían planteado incisivas críticas a la cobertura de la guerra.

A principios de 2004, *The New York Times* tuvo el gesto sin precedentes de ofrecer un *mea culpa* por su defectuosa cobertura de la controversia sobre las armas de destrucción masiva, mientras que *The Washington Post* autorizó a su periodista especializado en medios, Howard Kurtz, a escribir una extensa crítica a la cobertura de este mismo diario<sup>18</sup>. Todos los periódicos admitieron implícitamente su rol en haber llevado al país a una guerra sobre bases falsas, pero no asumieron explícitamente su responsabilidad. Las confesiones eran balbuceantes y sin entusiasmo; pero, en un campo donde admitir errores fundamentales es casi tan bienvenido como un tratamiento de conducto sin anestesia, tales admisiones representaron un poderoso disparo sobre la proa del periodismo de todo el país. Todo esto ocurría poco después de que Howard Dean, quien hacía campaña en base a una plataforma esencialmente anti-guerra, llegara a la cima del campo demócrata, y cuando los analistas comenzaban a usar palabras como “cenegal” para describir la ocupación norteamericana de Irak. Las apologías eran la punta del iceberg periodístico. Muchos periodistas se sentían horrorizados por la guerra, humillados por el pobre desempeño de los medios informativos y frustrados por el engaño de la Administración Bush. Algunos críticos predijeron que los trabajadores de prensa serían llamados a despertar de su escandalosa cobertura de la guerra en Irak y volcarían su enojo contra Bush antes de las elecciones de noviembre. Si es que iba a haber espacio para una cobertura más independiente y crítica de la guerra de EUA en Irak, a principios de 2004 las condiciones en las salas de redacción estaban más maduras que nunca.

Lamentablemente, no iba a ser el caso. El impulso para una autocrítica de los medios se atempera rápidamente a causa de la convicción institucional, profundamente arraigada, de que no es razonable alentar que el público deje el capó levantado más tiempo del necesario porque podría llegar a revisar el motor. Pocos de los otros grandes medios mordieron el cebo y profundizaron respecto de cómo la prensa fue cómplice en el patrocinio de una guerra devastadora e ilegítima. Era difícil eludir la conclusión de Danny Schechter de que la prensa predominante había hecho mínimas concesiones sobre su cobertura en Irak como una forma de controlar el daño. No tenía ningún interés en mostrar toda la verdad<sup>19</sup>.

*The New York Times*, por cierto, quería dejar atrás el incidente lo más rápidamente posible. Sin llamar la atención, *The Times* removió a Judith Miller de su puesto pero sin censurarla formalmente (se trata de la periodista que, en 2003, basándose acrítica y ciegamente en fuentes extremadamente dudosas, dio una tremenda legitimidad a las mentiras de la Administración Bush sobre la existencia de armas de destrucción masiva en Irak). Miller no pidió

disculpas. Según Mermin, ella afirmó: “Mi trabajo no consiste en evaluar la información del gobierno ni en ser una analista de inteligencia independiente. Mi trabajo consiste en decirles a los lectores de *The New York Times* lo que el gobierno pensaba sobre el arsenal iraquí”<sup>20</sup>.

Los periodistas encontraron una forma de adaptarse a la cobertura de la ocupación de Irak: no decir la verdad y despreocuparse por las consecuencias. El corresponsal en Bagdad de un importante diario norteamericano le dijo a Massing en octubre de 2004 que “la situación en Irak era una catástrofe”, opinión que era compartida “casi unánimemente” por sus colegas. Un correo electrónico de Farnaz Fassihi, corresponsal en Bagdad de *The Wall Street Journal*, que alcanzó una amplia circulación en septiembre de aquel año, contenía una devastadora crítica a la guerra de EUA, y la consideraba “un fracaso en política exterior que perseguirá a EUA por décadas”. Fassihi concluía: “el genio del terrorismo, el caos y la violencia ha sido desatado sobre este país como resultado de los errores norteamericanos, y no puede ser encerrado otra vez en su botella”. Massing apunta que otros corresponsales norteamericanos en Bagdad estaban alarmados por la atención que recibió el correo electrónico de Fassihi. Uno de ellos le dijo: “Todo el mundo se maravillaba y se preguntaba qué estaríamos haciendo mal como para que esta información cayera como una sorpresa para el público norteamericano”<sup>21</sup>.

Una visión tan franca sobre la situación en Irak fue considerada por las cambiantes convenciones del periodismo profesional como partidista, poco profesional y no-objetiva –independientemente de si era o no verdadera–, puesto que representaba un completo repudio a la posición de la Administración Bush. No era una visión *equilibrada*, siendo definido el “equilibrio” no por la evidencia, sino por su acomodamiento a poderosos intereses. Es imposible sobre enfatizar este punto: el equilibrio empleado por los editores no tenía nada que ver con la evidencia y todo que ver con alejar a la Administración Bush y la derecha política de sus espaldas. “Cada noticia que llega desde Irak es, por definición, una evaluación de si las cosas están yendo bien o mal”, le dijo a Massing el corresponsal de un diario norteamericano en Bagdad. “Los editores están hipersensibles respecto de que no parezca que están tomando partido por un lado u otro”<sup>22</sup> (hay escasa evidencia de que parecer demasiado pro-gobierno haya hecho temblar de miedo a muchos editores). Una vez que el correo electrónico de Fassihi fue difundido en Internet, *The Wall Street Journal* recibió presiones para que la corresponsal fuese removida de su puesto, puesto que ya no podía considerársela “objetiva”. De inmediato, a Fassihi le dieron vacaciones hasta después de las elecciones norteamericanas de noviembre, aunque el *Journal* declaró que esto no tenía nada que ver con su correo electrónico.

Edward Wasserman reflexionó sobre este problema en *The Miami Herald*:

Sólo puedo imaginar lo que pasa por la mente de los actuales editores-supervisores: si le damos prominencia a esta historia sobre las matanzas en Irak, ¿se nos acusará de ser tendenciosos contra del gobierno? Y —aquí la cosa se pone interesante— ¿entonces les estaremos debiendo a nuestros lectores una historia compensadora, acaso un inspirador relato sobre marines que enseñan a jóvenes iraquíes a jugar al softball?

Así, en línea con esta obsesión por el equilibrio, los despachos noticiosos presentaban un cuadro confuso y distorsionado de la realidad en el suelo iraquí. Esto implicaba, además, que las preguntas duras que lógicamente formularía un periodismo riguroso —por ejemplo: ¿qué demonios puede explicar este desastre?— se perdieran en el panorama contradictorio e incoherente que suministraba el periodismo equilibrado<sup>23</sup>. La noción de “equilibrio” significaba que algunos informes de calidad podían abrirse camino, especialmente en los medios gráficos. En los meses previos a las elecciones de noviembre, en la prensa predominante hubo varios análisis de primer nivel sobre los fracasos de la ocupación norteamericana. Pero la cobertura informativa de la televisión era mucho más pro-guerra y, por lo general, descartaba o ignoraba los hechos que se cruzaban en su camino. Fox News era el caso ejemplar, aunque distaba de estar solo en su carga patriótica.

Tampoco ayudaba el hecho de que John Kerry y los líderes demócratas no se opusieran a la guerra *per se*, sino sólo al modo en que estaba siendo ejecutada. Kerry no era un candidato anti-guerra, y la guerra, por sorprendente que parezca, no fue un tema determinante en la campaña de 2004. Por lo tanto, no había una fuente “oficial” anti-guerra que hiciera suyos los reportes críticos existentes, llamara la atención de los votantes sobre estos asuntos y alentara a los periodistas a continuar por ese camino. No sorprende que las encuestas de opinión pública hayan revelado que en el otoño de 2004 un alto porcentaje de norteamericanos —y la mayoría votantes de Bush— aún creía que Irak poseía armas de destrucción masiva, que había quedado demostrado que Saddam Hussein había sido uno de los principales partidarios de Al-Qaeda y que, por lo tanto, estaba detrás de los ataques del 11-S. En vista de toda la cobertura mediática que se otorgó a estos temas, un repudio más completo a la prensa apenas podría ser imaginado (¿qué habría pensado el pueblo respecto del sistema de medios norteamericano si, en 1944, una encuesta hubiese descubierto que la mayoría de los norteamericanos creía que China era responsable del ataque a Pearl Harbor?).

## LA DEMOCRACIA INVARIABLEMENTE ASCENDENTE

Puesto que los artículos de fe fundamentales siguen siendo inviolables para el periodismo y la política de EUA, la cobertura que realizan los medios de este país sobre las guerras exteriores norteamericanas tiende inexorablemente a proporcionar una visión compatible con la de quienes están en la cima de la sociedad. A pesar de la total invalidación de cada una de las razones oficiales que ofreció la Administración Bush para invadir y ocupar Irak, los periodistas no hicieron casi ningún esfuerzo por encontrar explicaciones más verosímiles para semejante guerra. Un periodista inquisitivo no habría tardado demasiado en hallar expertos serios capaces de discutir los siguientes factores: el impulso imperial alentado por la existencia de un enorme complejo militar-industrial; las ventajas geopolíticas y económicas de tener bases militares permanentes y un régimen cliente/aliado amistoso en el corazón de Medio Oriente; las ventajas políticas que a nivel interno obtiene un presidente a partir de un populacho que ha sido acicateado para experimentar el fervor de los tiempos de guerra; las necesidades de seguridad de Israel, un cercano aliado de EUA; y, por supuesto, el petróleo. Este tipo de explicaciones pueden hallarse en las revistas de elite, en la prensa del mundo de los negocios, en los informes de inteligencia y en los estudios académicos. Tal enfoque se aplica en los análisis populares de las motivaciones de cualquier otra nación en la historia, pero una indagación tal estaba y está fuera de los límites de la política y el periodismo predominante de EUA. Para los principales políticos y periodistas norteamericanos, EUA es una nación benévola, trabajando siempre con el objetivo último de promover la democracia.

Cuando EUA finalmente convocó a elecciones en Irak para el 30 de enero, Washington hizo el anuncio con un masivo bombardeo de relaciones públicas, y los medios respondieron obedientemente. La elección fue considerada un maravilloso momento democrático y los medios de prensa la mostraron sin formular críticas. Finalmente, ¡se había ganado la guerra! Y, finalmente también, podía revelarse la verdadera razón por la cual EUA había invadido y ocupado Irak: ¡llevar democracia a todo el Medio Oriente y, por supuesto, liberar a las mujeres! Todo el espectro político se abrazó a esta explicación, en tanto abrevaba en las presuposiciones centrales sobre el rol de EUA en el mundo. Pero el respaldo empírico a la reivindicación democrática también se evaporó a medida que la situación en Irak se tornaba más sombría para las fuerzas norteamericanas y para el gobierno electo hacia mediados de 2005<sup>24</sup>.

Mientras EUA celebraba el triunfo de la libertad y la democracia, las preguntas elementales no se planteaban. ¿Sobre qué bases debe tomarse en serio la afirmada preocupación de EUA por la democracia? ¿Es EUA una potencia puramente filantrópica que no tiene designios militares o econó-

nicos? ¿Por qué las autoridades de la ocupación norteamericana en Irak se esforzaron tanto por demorar las elecciones? Si EUA favorece el imperio de la democracia, ¿por qué ignorar el hecho de que la mayoría de los iraquíes votó por partidos que clamaban por un temprano o incluso inmediato fin de la ocupación norteamericana? ¿Es legítimo invadir una nación para instalar la democracia? Si lo es, ¿es necesario invadir a cada una de las no-democracias o sólo algunas? ¿Cuáles? ¿Es Irak sólo la primera en una lista de naciones que deberían ser invadidas? ¿Y qué hay de Pakistán? ¿O Arabia Saudita? ¿O Kuwait? ¿Y quién toma la decisión respecto a qué país invadir, y quién lleva a cabo la invasión? ¿Si EUA puede hacérselo a Irak, puede la India hacérselo a Pakistán? ¿Puede Rusia invadir Uzbekistán? ¿Puede Venezuela invadir Colombia? Este es el tipo de preguntas que deben ser respondidas si es que la invasión a Irak ha de justificarse en términos de “democracia”. Caso contrario, se trata sólo de la ley de la selva, y todo lo que se dice sobre la democracia es un disparate. En el sistema de medios norteamericano, estas preguntas casi nunca se hacen; el tema nunca recibe una atención sostenida.

Los problemas que aquejan al periodismo de EUA son profundos y no desaparecerán a menos que haya un cambio estructural en el sistema de medios, de modo que una cobertura exacta de los asuntos del Estado pueda constituir una expectativa lógica. Esto demanda una inmediata organización política para cambiar las políticas sobre las que se basa el sistema de medios, y requiere que la reforma de los medios sea parte esencial de movimientos más amplios por la paz y la justicia social. Al final, la reforma de los medios y la justicia social se elevarán o caerán juntas. Necesitamos un sistema de prensa que diga la verdad.

## NOTAS

- 1 Carta a W.T. Barry, 4 de agosto de 1822, en Philip R. Fendall, ed., *Letters and Other Writings of James Madison*, Vol. III, Filadelfia: Lippincott, 1865, p. 276.
- 2 Ver Saul K. Padover, ed. y trad., *Karl Marx, On Freedom of the Press and Censorship*, Nueva York: McGraw-Hill, 1974.
- 3 Ver Robert W. McChesney, *The Problem of the Media*, Nueva York: Monthly Review Press, 2004, Cap. 2.
- 4 Edward S. Herman y Noam Chomsky, *Manufacturing Consent: The Political Economy of the News Media*, Nueva York: Pantheon, 1988.
- 5 Howard Friel y Richard A. Falk, *The Paper of Record: How The New York Times Misreports US Foreign Policy*, Nueva York: Verso, 2004.
- 6 Jonathan Mermin, “The Media’s Independence Problem”, *World Policy Journal*, 21(3), otoño, 2004, p. 69.

- 7 Steve Rendall y Tara Broughel, "Amplifying Officials, Squelching Dissent: FAIR Study Finds Democracy Poorly Served by War Coverage", *Extra!*, mayo-junio de 2003, <<http://www.fair.org/extra/0305/warstudy.html>>.
- 8 "Watchdogs of War", *Editor & Publisher*, 8 de septiembre de 2003; Greg Mitchell, "Why We Are in Iraq", *Editor & Publisher*, 8 de septiembre de 2003.
- 9 Citado en Eric Alterman, "'Case Closed'", *The Nation*, 25 de abril de 2005.
- 10 Glen Rangwala, "Claims in Secretary of State Colin Powell's UN Presentation Concerning Iraq, 5<sup>th</sup> Feb 2003", <<http://middleeastreference.org.uk/powell030205.html>>.
- 11 Ver, por ejemplo, Scott Ritter, "Is Iraq a True Threat to the US?", *Boston Globe*, 20 de julio de 2002, <<http://www.commondreams.org/views02/0721-02.htm>>.
- 12 Antonia Zerbisias, "The Press Self-muzzled Its Coverage of Iraq War", *Toronto Star*, 16 de septiembre de 2003.
- 13 Mermin, "The Media's Independence Problem", p. 67.
- 14 *Ibíd.*
- 15 Seymour Hersh, "The Unknown Unknowns of the Abu Ghraib Scandal", *The Guardian*, 21 de mayo de 2005.
- 16 Michael Massing, "Iraq, the Press and the Election", *The New York Review of Books*, 16 de diciembre de 2004.
- 17 L. Roberts et al., "Mortality Before and After the 2003 Invasion of Iraq: Cluster Sample Survey", *The Lancet*, 364(9448), pp. 1857-1864. Debe tenerse en cuenta que la cifra de los 100 mil muertos fue controvertida. Se arribó a ella haciendo extrapolaciones a partir de una comparación entre las tasas de mortalidad previas a la guerra y las tasas en tiempos de guerra sobre una muestra de barrios iraquíes. Puede verse una crítica en Fred Kaplan, "100.000 Dead-or 8.000. How Many Iraqi Civilians have Died as a Result of the War?", 29 de octubre de 2004, <<http://slate.msn.com/id/2108887>>. El esfuerzo por producir una estimación precisa de las bajas continúa hoy en día. Investigadores británicos y norteamericanos del proyecto *Irak Body Count* mantienen una base de datos —en <<http://www.countthecasualties.org.uk/>>— de las muertes de civiles en Irak causadas por la invasión y ocupación militar, según las reportan los medios de prensa. Estiman que el número de bajas, en el período que va del 1 de enero de 2003 al 15 de junio de 2005, oscila entre 22.248 y 25.229.
- 18 Howard Kurtz, "Paint by Numbers: How Repeated Reportage Colors Perceptions" (Media Notes), *The Washington Post*, 12 de julio de 2004.

- 19 Danny Schechter, "Is Our Media Covering Its Errors or Covering Them Up?", *CommonDreams.org*, 16 de agosto de 2004, <<http://www.commondreams.org/views04/0816-04.htm>>.
- 20 Mermin, "The Media's Independence Problem", pp. 67-68.
- 21 Declaraciones citadas en Massing, "Iraq, the Press and the Election". Ver también Michael Massing, "Now They Tell Us", *The New York Review of Books*, 26 de febrero de 2004.
- 22 Massing, "Iraq, the Press and the Election".
- 23 Edward Wasserman, "Cowardice in the Newsrooms", *The Miami Herald*, 6 de septiembre de 2004.
- 24 Andrew Ackerman, "War Reporters at ASNE Say Iraq Remains Frightening", *Editor & Publisher*, 15 de abril de 2005.